

de primera calidad, los suficientes para hacer frente á los prusianos, que aun suponiendo que hubiesen reunido las tres cuartas partes de su ejército, no podían presentar en la llanura de Fleurus más que noventa mil hombres. Además contaba Napoleón con los diez mil hombres del conde de Lobau (6.º cuerpo), tropa excelente, que elevando las fuerzas francesas de la derecha á setenta y cuatro mil combatientes, debían asegurar á Napoleón medios sobrados para no tener que temer á los prusianos. Con fuerzas mucho más inferiores en número se había batido contra ellos en 1814. Sin embargo, aunque estuviese persuadido de que los ingleses no podían haberse reunido todavía, no queriendo en un momento tan decisivo correr el riesgo de equivocarse, se decidió á dejar durante algunas horas en la encrucijada de los dos caminos de Fleurus y de los Quatre-Bras al conde de Lobau, fiando á su sagacidad el cuidado de dirigirse al punto en donde le pareciese el peligro más grave. La situación debía despejarse en tres ó cuatro horas, y de cualquier modo, tendría tiempo el conde de Lobau para acudir al punto en donde se presentase la principal masa de los enemigos.

Con respecto al camino de Bruselas y á la importante posición de los Quatre-Bras, Napoleón ordenó al general Ney que tomase estos puntos sin perder un instante con los cuerpos de los generales Reille y de Erlón, con la caballería agregada á estos cuerpos y con los coraceros del conde de Valmy.

Napoleón confiaba estos excelentes coraceros al mariscal con el fin de poder recobrar la caballería ligera de la guardia que le había prestado el día anterior recomendándole que la economizase. Sin embargo, le permitió que la conservase en una posición intermediaria si se encontraba demasiado avanzado para poder retroceder fácilmente, y dispuso que los coraceros de Valmy fuesen apostados en la calzada llamada *de los Romanos*, antiguo camino que atravesaba el territorio de izquierda á derecha, para que pudiesen acudir á Fleurus si por acaso necesitaba en este punto sus servicios. Las tropas confiadas á Ney formaban un total de cerca de cuarenta y cinco mil hombres. He aquí las instrucciones que dió Napoleón para su empleo durante la jornada del 16. Ney debía establecerse fuertemente en los Quatre-Bras, á fin de estorbar el paso á los ingleses, cualesquiera que fuesen los esfuerzos á que recurrieran para abrirse camino; debía asimismo tener una división un poco más allá, es decir, en Genappe, y estar pronto á formar la cabeza de la columna francesa que avanzaría hacia Bruselas, bien porque los prusianos evitando el encuentro del enemigo procurasen reunirse con los ingleses por detrás de esta ciudad, ó bien porque siendo los primeros vencidos y rechazados hasta Lieja, era preciso sin pérdida de tiempo atacar á los segundos. Con efecto, Napoleón, después de desembarazarse de los prusianos, pensaba volverse hacia el lado de Ney para apoyarle en su marcha á Bruselas. A estas instrucciones tan bien meditadas por todos los casos, Napoleón añadió una orden eventual, que revelaba, como veremos en seguida, una profunda previsión. Ney disponía de cuarenta y cinco mil franceses, y seguramente no llegarían á este número los ingleses con quienes tendría que batirse si se apresuraba á ocupar los Quatre-Bras. Por esta razón le mandó Napoleón que enviase un destacamento á Marbais, pe-

queña aldea situada en la calzada de Namur á Bruselas. Esta orden era muy oportuna porque Napoleón y Ney, en la lucha que iban á sostener, el primero en Fleurus y el segundo en los Quatre-Bras, debían encontrarse espalda con espalda, y el primero de los dos que terminase su misión podría enviar al otro algunos combatientes, que podrían proporcionarle un gran socorro y hasta atacar al enemigo por la retaguardia si llegaba el caso. La dirección de Marbais en la calzada de Namur á Bruselas y bastante cerca de Sombreffe estaba admirablemente escogida para un fin semejante.

Tomadas estas disposiciones á las siete de la mañana, debieron ser traducidas por el mariscal Soult, en el estilo peculiar del estado mayor, y expedidas inmediatamente á todos los jefes de los cuerpos.

Por desgracia el nuevo mayor general, harto novicio en el desempeño de sus delicadas funciones, carecía de la ligereza de Berthier en la redacción de las órdenes, y no sabía como él comprender, expresar, precisar, con pocas palabras, el verdadero pensamiento de Napoleón. Así, pues, las órdenes que recibió á las siete, no estuvieron redactadas ni fueron expedidas hasta cerca de las nueve. De todos modos, esta pérdida de tiempo, por más que fuese sensible, no podía producir consecuencias deplorables, porque en este intervalo acababan de traspasar el Sambre las tropas francesas, y el día tenía precisamente que consagrarse á sostener una batalla contra los prusianos, y para sostenerla bastaba la segunda mitad del día (1). Napoleón, que no tenía ningún

(1) Algunos jueces severos han censurado la lentitud de Napoleón en la mañana del 16 de junio. Unos la han explicado por la disminución de su actividad, otros, no dando crédito apenas á esta razón, en vista de la marcha de Cannas á París, han declarado inexplicable esta lentitud; pero ni los unos ni los otros han buscado la verdadera explicación en los detalles de las jornadas, estudiados en los documentos auténticos y sin pasión de ningún género. Napoleón, que desde las tres de la mañana del día 15 no se apeó de su caballo hasta las nueve de la noche, que después de descansar hasta las doce se levantó y estuvo hasta las dos conversando con Ney, que sólo durmió tres horas, volviendo á montar á caballo el 16 á las cinco de la mañana; Napoleón, decimos, no era todavía un príncipe enervado por la edad y las grandezas. Colocado entre dos ejércitos enemigos, no pudiendo dar un mal paso sin perecer, lo que más le importaba no era combatir dos horas más pronto, en una jornada de diez y siete horas, sino saber dónde estaban las fuerzas que se le oponían antes de dirigir las suyas en uno ó en otro sentido. El principal reconocimiento, el de Grouchy, operado delante de los prusianos, y que le transmitió la noticia de que se desplegaban, fué enviado á las seis, no pudo llegar antes de las siete, y por lo tanto no se perdió tiempo, al menos no lo perdió el general en jefe, puesto que comunicó sus órdenes al mayor general inmediatamente y éste las expidió de ocho á nueve, verificándose todo esto mientras que parte de las tropas descansaba de las diez y doce leguas que había andado la víspera, y las demás atravesaban el Sambre. Por nuestro relato se verá que las fuerzas estaban á las doce del día en su puesto, que la batalla contra los prusianos no pudo empezarse antes de las dos y media de la tarde, que comenzada á esta hora fué completamente ganada por los franceses, y que sin un accidente hubiera sido ganada mucho antes del anochecer. Los retrasos forzados de la mañana del 16 no ocasionaron ninguna consecuencia deplorable para la batalla de Ligny, ni tampoco para el combate de los Quatre-Bras, que hubiera podido llenar enteramente su objeto si hubieran sido fielmente ejecutadas las órdenes de Napoleón. Estos retrasos resultaron de la necesidad que había de informaciones, y en todo caso, los hubiera prescrito el paso del Sambre que tenía que ejecutar una parte de las tropas. En cuanto á los retrasos del mediodía, mucho más deplorables, los motivaron como veremos ó accidentes casuales ó torpeza de los jefes de los cuerpos, independientes del general en jefe. Siempre

motivo para apresurar sus movimientos personales, puesto que recorría á caballo el trayecto que sus tropas ejecutaban á pie, quiso antes de partir para Fleurus escribir de su propia mano al mariscal Ney una carta circunstanciada, exponiéndole sus intenciones con la claridad y precisión que le eran peculiares. Decía al mariscal, que como sus oficiales corrían más que los del mayor general, le expedía por medio de uno de ellos sus instrucciones definitivas; le anunciaba que iba á partir para Fleurus, en donde al parecer se desplegaban los prusianos, á fin de sostener con ellos una batalla si se resistían ó de avanzar hacia Bruselas si se batían en retirada; le recomendaba que ocupase fuertemente los Quatre-Bras, colocando una división delante de este punto, y otra á la derecha de la aldea de Marbais, ésta por consiguiente en disposición de encaminarse á Sombreffe; le prescribía de nuevo que no comprometiese demasiado á la caballería ligera de la guardia, conservando los coraceros de Valmy á la retaguardia de modo que pudiesen dirigirse á Fleurus en el caso de que fuera preciso su concurso; repetía que en cuanto los prusianos fuesen vencidos ó ahuyentados, volaría á apoyarle en el movimiento que hiciera el ejército hacia Bruselas; y por último, le manifestaba su plan para el resto de la campaña. Quería, le dijo, tener dos alas, una al mando del mariscal Ney formada con los cuerpos de Reille, de Erlón y una porción de la caballería; la otra al de Grouchy formada con los cuerpos de Vandamme, Gerard y su contingente de caballería; y se proponía con la guardia, Lobau y la reserva de caballería, entre todos cerca de cuarenta mil hombres, acudir tan pronto á auxiliar á la una como á la otra, dándoles de este modo alternativamente la fuerza y la importancia del ejército principal.

Estas dobles instrucciones fueron confiadas al conde de Flahault, ayudante de campo del emperador, oficial de confianza que conocía muy bien la lengua inglesa y el carácter de los ingleses, y que por lo tanto podía ser muy útil al mariscal Ney.

El conde de Flahault debía, al pasar por Gosselies y por los diversos puntos del camino de los Quatre-Bras, comunicar á los jefes de los cuerpos las intenciones del emperador para que se conformasen con ellas inmediatamente, aun antes de la llegada de las órdenes del mayor general. Mr. de Flahault se puso en marcha á cosa de las nueve (1).

Expedidas estas diversas órdenes á la derecha en la dirección de Fleurus, á la izquierda en la de los Quatre-Bras, llegaron á su destino las unas á las nueve, las otras á las diez de la mañana. Por entonces ya todas las tropas se habían puesto en movimiento. Vandamme desde Gilly había avanzado hacia Fleurus, y se había situado delante de esta pequeña ciudad, cubierto por

repetiremos que si apenas hay motivo para inquietarse cuando se critica la política de Napoleón, por regla general censurable, es preciso mirarse mucho cuando se critican las operaciones militares de un capitán tan completo como él en todas las minuciosidades de su arte, y que deseaba más que nunca acertar, porque iba á decidir su conducta de la existencia de la Francia y de la suya propia.

(N. del A.)

(1) Una carta del general Reille, fechada en Gosselies á las diez y cuarto, anuncia que á esta hora había ya visto al conde de Flahault. Así, pues, pudo muy bien suceder que de Flahault pasase por Gosselies entre las nueve y media y las diez. (N. del A.)

la caballería ligera de Pajol y por los dragones de Exelmans. El general Gerard había pasado el Sambre por el Chatelet y operando un movimiento hacia la izquierda se encaminaba á Fleurus. La guardia, compuesta de diez y ocho mil hombres de todas armas (no comprendemos en este número más que los combatientes, los demás componían el personal del parque), había dejado atrás á Gilly y se acercaba á Fleurus. El día era hermoso, pero el calor se dejaba sentir demasiado. Los prusianos se desplegaban delante de Sombreffe y detrás de las colinas de Saint-Amand y de Ligny, con intención evidente de aceptar la batalla.

En Charleroy el conde de Lobau había atravesado el Sambre y detrás de él el grueso de la caballería. Esta última, dividida en dos cuerpos, tomó dos direcciones diferentes. Los coraceros de Milhaud fueron á reunirse con Vandamme, Gerard y la guardia, por el camino de Fleurus; y los coraceros de Valmy, tomando á la izquierda, se encaminaron hacia Gosselies y los Quatre-Bras. En este camino de los Quatre-Bras, de Erlón con el primer cuerpo, que llegó tarde el día anterior á Marchiennes, dejaba reposar á sus soldados, esperando las órdenes de su jefe el mariscal Ney. Si el servicio del estado mayor hubiera podido hacerse como en tiempo de Berthier, le hubieran dado comunicación directa de las instrucciones destinadas á Ney para que hubiese concurrido á su ejecución sin pérdida de tiempo poniéndose en marcha inmediatamente. El general Reille pasó la noche en Gosselies con la totalidad del 2.º cuerpo. En este mismo punto tenía las divisiones Foy y Jérónimo, un poco hacia la derecha la división Girard enviada á Wagnelée; y por último muy cerca de los Quatre Bras, es decir, en Frasnes, la división Bachelú, con la que el día anterior había Ney tenido á raya al príncipe de Sajonia-Weimar. Allí mismo se hallaban además la división de caballería de Piré y la caballería ligera de Lefebvre-Desnoettes. Ney, después de haber pasado la noche en Gosselies con el general Reille, se separó de él trasladándose á Frasnes para observar los movimientos de los ingleses, y le confió el cuidado de abrir los despachos del cuartel general para comunicar á todos los jefes de cuerpos las órdenes imperiales y que su ejecución fuese de este modo más pronta. En seguida se aproximó á los Quatre-Bras, y lo que sucedía en este punto causó en su ánimo una vivísima impresión.

El príncipe de Orange y el duque de Wellington habían llegado en persona á los Quatre-Bras, precedidos por el general Perponcher, comandante de la división más próxima, que se componía de las brigadas Sajonia-Weimar y Bylandt. La brigada Sajonia Weimar se dirigió espontáneamente, como ya hemos dicho, desde el día anterior hacia los Quatre Bras; y la brigada Bylandt estaba en marcha para reunirse con la primera. Esta última no debía llegar hasta las dos de la tarde. Las divisiones inglesas, procedentes las unas de Ath y de Nivelles, las otras de Bruselas, no podían llegar hasta las tres, las cuatro y las cinco sucesivamente. Con todo, el príncipe de Orange había prometido al duque de Wellington hacer los mayores esfuerzos para conservar los Quatre-Bras, sacrificándose y sacrificando sus soldados si era preciso por el cumplimiento de este deber esencial. El duque de Wellington, contando con este bravo general, se trasladó en seguida á la gran calzada

de Namur á Bruselas, con el fin de ponerse de acuerdo con el mariscal Blücher, y le encontró desplegando su ejército delante de Sombrefe, resuelto á trabar la batalla, fuese ó no sostenido por sus aliados. El duque de Wellington hubiera querido verlo menos resuelto á combatir con tanta premura; pero á pesar de todo, le prometió enviarle su socorro á la caída de la tarde, ocupando los Quatre Bras, y procurando establecerse á la derecha del ejército prusiano. Terminados estos acuerdos, el duque de Wellington se volvió por el camino de Bruselas, para acelerar por sí mismo la marcha de sus tropas.

Tales eran las disposiciones de los generales enemigos en las diversas partes de aquel vasto campo de batalla. Los generales franceses, tan valerosos como siempre, pero menos confiados, miraban con cierta especie de aprensión todo cuanto pasaba en torno suyo. Ney, lleno de ardor, pero falto de sangre fría, creía tener delante al ejército inglés en masa, y no faltaban á su lado generales que afirmaban que iban á tener que habérselas con cien mil ingleses sin poder oponerles más que algunos millares de franceses. La actitud casi ofensiva del príncipe de Orange contribuía á sostener estos temores en el mariscal Ney, y tan pronto quería caer sobre este príncipe con los cuatro mil caballos de que disponía, como escuchaba las noticias que le daban de las fuerzas del enemigo, ocultas, según le decían, detrás de los bosques, y las observaciones que le hacían de que cometería una imprudencia si los atacaba antes de haber reunido los cuarenta y cinco mil hombres que le había prometido Napoleón.

A la derecha sucedía otro tanto. El general Girard, uno de los oficiales más bravos del ejército y de los más adictos, había llegado con su división á Wagnelée para abrirse camino hacia Fleurus, y por orden del emperador se quedó en esta aldea con el fin de servir de punto de enlace entre las dos porciones del ejército francés. Desde el paraje en donde estaba, descubría perfectamente á los prusianos, y los veía desplegarse delante de Sombrefe. Comunicándolo á su jefe directo el general Reille, le afirmó que el emperador iba en muy breve tiempo á tener encima el ejército prusiano entre Sombrefe y Fleurus. Este informe dirigido á Gosselies produjo en el general Reille una viva impresión. Este general, cuya conducta había sido tan brillante en Vitoria, conservó por desgracia sus recuerdos indelebles de aquella jornada, y desconfiaba demasiado de la fortuna para obrar con decisión y oportunidad. Tener delante á los ingleses y á los prusianos á sus espaldas, le parecía una posición de las más peligrosas, creyendo muy posible que les sometiese á ella la acostumbrada temeridad de Napoleón. Cuando pasó por su cuartel el general de Flahault para ir en busca del mariscal Ney, se hallaba preocupado con estas ideas. El general de Flahault le comunicó las órdenes imperiales, y como el mariscal Ney le había recomendado al partir que en cuanto llegasen las órdenes se apresurase á ejecutarlas, el general Reille hubiera debido encaminarse acto continuo hacia Frasnes con todo su cuerpo.

Este cuerpo hubiera podido llegar á Frasnes lo más tarde al mediodía, es decir, á tiempo para desbandar los pocos batallones de que disponía el príncipe de Orange. Pero en vez de obrar así, aprovechándose del

crédito de que gozaba para con el mariscal Ney, el general Reille por sí y ante sí decidió reunir su cuerpo delante de Gosselies, esperando en esta posición hasta que los nuevos avisos del general Girard le indicasen con mayor claridad los movimientos de los prusianos.

Siempre es expuesto substituir sus miras á las del general en jefe; pero estando á las órdenes de un general en jefe como Napoleón, cuya vasta previsión lo abarcaba todo, atreverse á modificar sus instrucciones ó á diferir su ejecución era observar una conducta muy temeraria, y que podía producir, como no tardaremos en ver, funestas consecuencias. El general Reille dió cuenta al mariscal Ney del partido que había tomado y se apresuró á enviar al conde de Erlón, que se hallaba situado detrás de él, las órdenes del cuartel general, para que se pusiese en marcha y se reuniese con el segundo cuerpo en el camino de los Quatre-Bras. Ney, á quien los temores de sus generales y los suyos propios hacían titubear, envió un oficial de lanceros á Charleroy para decir á Napoleón que creía tener enfrente al ejército inglés y á su flanco al prusiano, de lo que le informaba esperando saber si debía lanzarse á combatir á pesar de las escasas fuerzas con que contaba.

Napoleón se disponía á salir de Charleroy con dirección á Fleurus cuando llegó el oficial enviado por Ney, y experimentó un verdadero disgusto al ver al mariscal, ordinariamente tan resuelto, poseído de nuevo de las mismas dudas que habían paralizado su acción el día anterior; mandó que le dijese que hallándose Blücher la víspera en Namur, no podía llegar á los Quatre-Bras; que no debía haber en este punto más que algunas tropas inglesas procedentes de Bruselas y no muy numerosas; que por lo tanto necesitaba apresurarse á reunir la infantería de Reille, la de Erlón y la caballería de Valmy para destruir el obstáculo que se le oponía, y dejando al mayor general el cuidado de redactar esta orden de la manera más clara y más precisa, partió inmediatamente hacia Fleurus.

Llegó á las doce, y las tropas que le habían precedido se desplegaban en la llanura de Fleurus. A la izquierda del camino real de Charleroy á Namur se hallaba el cuerpo de Vandamme, compuesto de las divisiones de infantería de Lefol, Berthezene y Habert, con la caballería ligera del general Domón. Más á la izquierda aún la división Girard, perteneciente al cuerpo de Reille, permanecía ocupando en Wagnelée la posición intermediaria que le había prescrito Napoleón. A la derecha se desplegaba al mando de Gerard el 4.º cuerpo, formado por las divisiones de Vichery, Pecheux, Hulot y la caballería de Maurin. Más hacia la derecha se hallaba delante la caballería ligera de Pajol con los dragones de Exelmans, y detrás los coraceros de Milhaud. Por último, en segunda línea y de reserva, formaban la infantería y la caballería de la guardia con una artillería excelente. Estas magníficas tropas presentaban, con arreglo al estado que hemos citado antes de ahora, un total de cerca de sesenta y cuatro mil hombres de todas armas. Tres leguas más atrás el conde de Lobau con diez mil hombres esperaba en el punto de bifurcación la señal para avanzar por el camino de Fleurus ó por el de los Quatre-Bras. El tiempo, como ya hemos dicho, era magnífico, pero hacía un calor sofocante. Las tropas, dominadas por una singular exaltación, de-

seaban ardientemente una batalla decisiva, que no podía hacerse esperar mucho á juzgar por lo que veían sus ojos. La llegada del 4.º cuerpo divulgó por todo el ejército la noticia de la defección del general de Bourmont y excitó en todos los ánimos una cólera inaudita, calificándose su marcha de traición abominable, y no dejando de añadirse que otros muchos oficiales se hallaban dispuestos á imitarle. La desconfianza con los que habían servido á la restauración ó no participaban por completo de la exaltación general llegó á su colmo. Un soldado separándose de las filas para ir á hablar á Napoleón, le dijo:

—Señor, desconfiad de Soult; os hace traición.

—Tranquilizate, le contestó Napoleón, yo te respondo de él.

—Entonces bien, añadió el soldado, y se volvió á las filas no pareciendo convencido. Esta sospecha, por lo demás injusta, porque en aquellos momentos el mayor general hacía cuanto podía para cumplir sus deberes, prueba el estado moral del ejército, adicto hasta el fanatismo, pero falto de toda sangre fría. El general Gerard que se acercó á Napoleón, se vió al pronto apurado para hablarle del general de Bourmont su protegido; pero Napoleón, sin demostrarle ninguna clase de disgusto, le dijo tirándole de la oreja: «Ya lo veis, mi querido Gerard, *los azules son siempre azules, los blancos son siempre blancos* (1).»

Los prusianos, desplegándose delante de los franceses, aumentaban su número de momento en momento. La sinuosa llanura de Fleurus, en la que iba á trabarse una de las más terribles batallas del siglo, presentaba un aspecto imponente.

La gran calzada de Namur á Bruselas, de la que ya hemos hecho mérito, y en la que desembocan los dos ramales del camino de Charleroy, uno en los Quatre-Bras y el otro en Sombrefe, corría desde la derecha á la izquierda de los franceses sobre un ángulo saliente bastante inclinado, entre las aguas que se dirigen al Sambre y las que van á perderse en el Dyle. El ejército prusiano se dirigía en masa hacia este punto. A medida que llegaba á la altura de Sombrefe operaba una media vuelta á la izquierda, y estableciéndose enfrente de Fleurus, se reunía con las divisiones que el día anterior habían abandonado á Charleroy. El terreno que ocupaba sobre el flanco del camino y enfrente de los franceses, era extremadamente favorable para la defensiva.

El arroyo de Ligny salía de un pliegue del terreno á lo largo de la calzada de Namur á Bruselas, bastante cerca de Wagnelée, en el mismo paraje en donde estaba la división Girard, corría de izquierda á derecha casi paralelo á la calzada, y después de muchos rodeos sinuosos, atravesaba tres aldeas llamadas Saint-Amand-le-Hameau, Saint-Amand-la-Haye y Saint-Amand el grande. Al llegar á esta última aldea, el arroyo torcía bruscamente, y en vez de continuar paralelo á la calzada de Namur á Bruselas, se deslizaba casi perpendicularmente á ella, pasaba por la aldea de Ligny, continuaba hasta cerca de Sombrefe, y después volviendo á tomar

(1) Esta frase, tan famosa y colocada con frecuencia en ocasiones en que no fué dicha, la oyó en este día el general Gerard, que es quien me ha referido lo que transmito á mis lectores.

(N. del A.)

su primera dirección, rodeando algunas colinas bastante salientes, iba á perderse en un afluente del Sambre. El camino de Charleroy, por el cual avanzaban los franceses, le atravesaba por medio de un pequeño puente, y después continuaba hasta reunirse con la calzada de Namur á Bruselas en un paraje llamado el *Point du Jour*, muy cerca de Sombrefe. Este arroyo de Ligny, poco profundo pero muy fangoso, rodeado de sauces y de elevados álamos, era un campo de batalla indicado para un enemigo que pretendía impedir á los franceses la ocupación importantísima de la calzada de Namur á Bruselas. Al lado opuesto de su cauce y de las aldeas que atravesaba, el terreno se elevaba formando declives hasta el flanco de la calzada que los prusianos querían defender, y presentaba un anfiteatro con ochenta mil hombres. Cerca de la cumbre de estos declives se distinguía el molino de Bry, y detrás del molino, en un pliegue del terreno, la aldea del mismo nombre, de la que sólo se veía el campanario.

Los prusianos se establecieron en este campo de batalla del modo siguiente. Las dos divisiones Steinmetz y Hénkel, pertenecientes al cuerpo de Ziethen arrojado el día anterior de Charleroy, ocupaban: la primera, las tres aldeas de Saint-Amand, la segunda la de Ligny; ambas tenían algunos batallones en las aldeas, y el resto formado en masas cerradas detrás del declive.

Las divisiones Pirch II y Jagow servían de reserva, la primera á las tropas que defendían á Saint-Amand, la segunda á las que defendían á Ligny. Entre todos había cerca de treinta mil hombres. Los cuerpos de Pirch I, el segundo del ejército prusiano, situado en la gran calzada de Namur á Bruselas, en el paraje llamado los *Trois-Burettes*, formaba con cuatro divisiones, Tippelskirchen, Brauze, Krafft y Langens, una segunda línea de cerca de treinta mil hombres, pronta á apoyar á la primera. El tercer cuerpo prusiano, el de Thielmann, llegaba por entonces de Namur, y Blücher le colocó á su extremo izquierdo delante del *Point-du-Jour*, en el punto donde el camino de Charleroy se une con la calzada de Namur. Quería de este modo defender su comunicación con Namur y Lieja, por donde debía llegar el cuerpo de Bulow y todo su material. La precaución era prudente, pero con ella paralizaba la mejor parte de su ejército. Su plan consistía desde luego en proteger bien el punto por donde el camino de Charleroy cortaba la gran calzada de Namur á Bruselas, es decir, el *Point-du-Jour* y Sombrefe; después en defender vigorosamente á Ligny y las tres aldeas de Saint-Amand, y por último, como nunca faltaba á su energía la presunción, se proponía rechazar á Napoleón hacia Charleroy, y hasta arrojarle al Sambre si su fortuna y los ingleses le ayudaban. Pero se dejaba adormecer por una vana ilusión, y la campaña de 1815, que debía terminar con ventaja suya, no debía comenzar del mismo modo; al menos en la jornada del 16. La victoria quiso endulzar una vez más los desastres de los franceses.

Por más que el terreno desde Saint-Amand á Ligny, dispuesto en anfiteatro, debiese ser bastante visible para el ejército francés, sin embargo, la espesa hilera de árboles que bordeaba el arroyo lo estorbaba, y cuando más, sólo podía descubrir á través de algunos claros las masas acumuladas del ejército prusiano. En medio de la llanura de Fleurus y un poco hacia la derecha de los

franceses había un molino, cuyo dueño, temeroso de perder su hacienda, acudió á él para velar de cerca por sus intereses. Con el gorro en la mano, y cortado al hallarse en presencia de Napoleón, le condujo hasta el tejado de su molino por medio de escaleras mal aseguradas, y desde allí pudo examinar á sus anchas el campo de batalla escogido por el enemigo. Desde lo alto de este observatorio apercibió Napoleón muy distintamente los treinta mil hombres de Ziethen, situados en las aldeas de Saint-Amand y de Ligny y detrás, en el declive. Más allá, en la gran calzada de Namur á Bruselas, descubrió el cuerpo de Pirch I, igual en número al de Ziethen, y por último las tropas de Thielmann, que procedentes de Namur comenzaban á guarnecer las colinas que había enfrente de su extremo derecho. Calculó que este ejército contaría con cerca de noventa mil hombres, y apenas se equivocó, puesto que en realidad contaba con ochenta y ocho mil después de las escasas pérdidas que había sufrido el día anterior. Napoleón comprendió en seguida que tenía delante al ejército prusiano recientemente reunido, y sin haber podido todavía juntarse con los ingleses, puesto que acababa de llegar, aunque había sido el primero que había sabido su aparición, mientras que los ingleses, advertidos doce horas después, y teniendo por lo menos que recorrer una doble distancia, no podían evidentemente haber acudido al lugar de la cita. Formó, pues, el proyecto de atacarle acto continuo, tomando para ello las medidas siguientes. En su extremo derecho, á lo largo de las colinas que baña el arroyo de Ligny al acercarse al Sambra, resolvió limitarse á demostraciones aparentes pero poco formales, á fin de retener en aquel punto una parte de las fuerzas de Blücher, poniéndole en cuidado por sus comunicaciones con Namur; después pensó con su ala derecha, que se componía de la infantería de Gerard, atacar vigorosamente á Ligny y del mismo modo á las tres aldeas de Saint-Amand con su ala izquierda compuesta de Vandamme y de la división Girard, conservando la guardia para dirigirla al punto en donde la resistencia fuese más difícil de vencer. Pero para asegurar mayores resultados á esta batalla, que no sería muy ventajosa si se reducía á conquistar denodadamente una posición, proyectó hacer contribuir á estos resultados á las tropas de Ney de un modo decisivo.

Si hemos logrado describir bien la configuración del país, deben nuestros lectores comprender que el campo de batalla presentaba un triángulo prolongado, cuyo vértice estaba en Charleroy y cuyos lados terminaban en la gran calzada de Namur á Bruselas, uno en los Quatre Bras y el otro en Sombrefe. (Sombrefe ó el Point-du-Jour son sobre poco más ó menos equivalentes.) Napoleón y Ney, al hacer frente el primero á los prusianos, el segundo á los ingleses, estaban colocados cada cual en uno de los ángulos laterales del triángulo y estaban por decirlo así, espalda con espalda, á la distancia de cerca de tres leguas. Así, pues, era fácil á Ney, que no podía tener que combatir á mucha gente, destacar doce ó quince mil hombres de los cuarenta y cinco mil de que disponía, los cuales al volverse debían tomar á retaguardia la posición de Ligny y de Saint-Amand, envolviendo á la mayor parte del ejército prusiano. Si esta maniobra hubiera sido ejecutada á tiempo, Marengo, Austerlitz, Friedland no hubieran producido más

vastos resultados que la batalla que se preparaba, y ciertamente los franceses necesitaban que esto se realizase!

No faltaban caminos para operar la maniobra proyectada, porque además de los muchos y buenos transversales que conducían desde Frasnes á Saint-Amand, era fácil, retrogradando un poco por el camino de los Quatre-Bras, llegar á la antigua calzada llamada *de los romanos*, la cual corta el triángulo que acabamos de describir, y pasa cerca de Saint-Amand para ir á juntarse con la calzada de Namur á Bruselas.

Al salir Napoleón del molino desde el que había abarcado con tanto acierto la situación, dió inmediatamente las órdenes de ataque. Los jefes de los cuerpos formados en torno suyo estaban como el día anterior muy preocupados con lo que tenían delante de sus ojos, y mientras que Ney en los Quatre-Bras creía tener enfrente de sí todo el ejército inglés, ellos se figuraban que iban á combatir con los ingleses y los prusianos reunidos. El ejército inglés no podía estar al mismo tiempo en los Quatre-Bras y en Saint-Amand; pero su raciocinio, no abarcando como no abarcaba el conjunto de la situación, era especioso. En su concepto Blücher, establecido ya en la gran calzada de Namur á Bruselas, debía estar en contacto con los ingleses que acudirían á reunir sus fuerzas con las suyas, porque de lo contrario su derecha se encontraría en Saint-Amand sin consistencia y expuesta á un gravísimo peligro. No suponiendo en él semejante torpeza, creían que Blücher contaba con el apoyo del ejército inglés, bien á su espalda ó bien á su derecha. Napoleón les respondió que Blücher, valiente pero irreflexivo, no miraba las cosas tan de cerca; que avanzaba antes de poder ser apoyado por los ingleses con la esperanza de reunirse con ellos, y que probablemente pagaría caro este deseo, porque era imposible por entonces la llegada del ejército inglés á la prolongación de Saint-Amand. Les ordenó que corriesen sin pérdida de tiempo á ocupar sus respectivas posiciones de ataque, y les encargó que aguardasen á la última señal para romper el fuego, diciendo al general Gerard, á quien apreciaba particularmente, que si la fortuna le secundaba un poco aquel día, esperaba obtener en él resultados que decidirían de la suerte de la guerra. Sus generales partieron á ocupar los puestos que les había designado.

Según sus órdenes, Vandamme con sus tres divisiones, dirigiéndose hacia la izquierda del camino de Charleroy por el que los franceses habían llegado, fué á desplegarse delante de Saint-Amand, teniendo á su extremo izquierdo la división Girard, á su mando durante aquel día, y un poco más allá la caballería del general Domón. Gerard con el 4.º cuerpo, siguiendo en línea recta el camino real, avanzó como una media legua, y fué á situarse delante de la aldea de Ligny formando un ángulo casi recto con Vandamme. Grouchy, con la caballería ligera de Pajol y los dragones de Exelmans, persiguió á trote largo á los tiradores enemigos hasta el pie de las colinas que baña con sus aguas el arroyo de Ligny al caer en el Sambra. Por último, toda la guardia se estableció delante de Fleurus entre Vandamme y Gerard, formada en columnas cerradas. Tenía al frente la reserva de artillería, en uno de sus flancos su propia caballería, y en el otro los excelentes coraceros de Milhau.

Esta masa de sesenta y cuatro mil hombres, formada así en batalla, permaneció inmóvil durante más de una hora aguardando el sonido del cañón de Ney. Napoleón quería que antes de comenzar en la llanura de Fleurus se trabase la lucha en los Quatre-Bras, con el fin de que Ney tuviese tiempo para volverse y atacar por su lado á los prusianos. A las dos de la tarde le envió un mensaje anunciándole que iba á atacar al ejército prusiano establecido delante de Sombrefe, que por su parte debía destruir los obstáculos que se le oponían en los Quatre Bras, y en seguida ejecutar un movimiento hacia atrás para atacar á los prusianos por la retaguardia. Un destacamento de doce á quince mil hombres, fácil de operar en vista de los escasos enemigos que había reunidos en los Quatre-Bras, debía producir inmensos resultados.

Después de expedir esta orden y de aplazar el combate hasta las dos y media, no sin asombro ni disgusto, dió Napoleón la señal del ataque y la respuesta del enemigo no se hizo esperar.

Vandamme lanzó sobre Saint-Amand el grande la división Lefol, que constituía su derecha. En el momento de romper el fuego, el general Lefol formó su división en cuadro y la arengó calurosamente: la respuesta de los soldados fué un grito apasionado y unánime de *viva el emperador!* Distribuyéndola en seguida en muchas columnas, la guió directamente contra el enemigo. Al aproximarse hacia Saint-Amand el grande, formaba el terreno una pendiente, y delante de la aldea, construída de fuerte fábrica, había cercas, tapias y huertas. Al lado opuesto se encontraba el lecho del arroyo, marcado por una hilera de árboles muy espesa, á través de la cual dejaban algunos claros apercibir las reservas prusianas provistas de una numerosa artillería. Apenas se pusieron en movimiento los soldados franceses, la metralla procedente de las cercanías de la aldea y las balas lanzadas por la artillería situada más arriba, causaron en sus filas espantosos estragos. Una sola bala se llevó ocho hombres en una de las columnas francesas, pero el entusiasmo era demasiado grande para que los soldados se atemorizasen. Se precipitaron hacia adelante casi sin tirar, y penetrando en los jardines, en las huertas, arrojaron de estos parajes á los prusianos á bayonetazos, encontrando por lo demás una viva resistencia de su parte. En seguida entraron en la aldea á pesar de los obstáculos con que habían sido obstruidas las calles, á pesar del fuego que les hacían desde las ventanas, y obligaron al enemigo á retirarse á la orilla opuesta del arroyo. Enardecidos con este triunfo, que tan caro les había costado, quisieron perseguir á los fugitivos; pero al lado opuesto del arroyo descubrieron inesperadamente los seis batallones de reserva de la división Steinmetz, que hicieron llover sobre ellos las balas y la metralla; y se volvieron, no por la violencia del fuego, sino por la imposibilidad de vencer á las masas de infantería, formadas en anfiteatro sobre el declive que dominaba el molino de Bry.

El general Steinmetz quiso á su vez reconquistar la aldea perdida, y reforzando con nuevos batallones los que acababan de ser ahuyentados de Saint-Amand el grande, procuró á toda costa volver á este punto. Pero los soldados franceses, si no podían avanzar más allá de la aldea ganada, no eran hombres á quienes se ex-

pulsara de ella. Esperaron á los prusianos á pie firme, los recibieron con un fuego á quemarropa y los obligaron á replegarse hacia el paraje que ocupaban sus reservas. Entonces el general Steinmetz volvió á la carga con toda su división, dirigiendo algunos batallones hacia su derecha, para procurar rodear á Saint-Amand el grande. Vandamme, que seguía atentamente las fases de este combate, envió una brigada de la división Berthezene para hacer frente á las tropas encargadas de rodear á Saint-Amand el grande, y dirigió la división Girard contra las otras dos aldeas de Saint-Amand-la-Haye y Saint-Amand-le-Hameau.

Mientras que la división Lefol exterminaba á cuantos intentaban atravesar el arroyo, la brigada Berthezene contuvo á los que se proponían cercar á Saint-Amand el grande, y el bizarro general Girard, participando del ardor de sus soldados, avanzó hasta la Haye, teniendo á su derecha la brigada de Villiers y á su izquierda la de Piat. Penetró en la Haye á pesar de un fuego espantoso, y logró establecerse en este punto. De esta manera se apoderaron los franceses de los tres Saint-Amand, sin poder avanzar más, en presencia de las masas del ejército prusiano, porque detrás de la división Steinmetz se encontraban los restos del cuerpo de Ziethen y todo el cuerpo de Pirch I, es decir, unos cincuenta mil hombres.

La acción comenzó un poco después por el lado de Ligny, pero no con menos denuedo. El general Gerard, después de haber ejecutado á lo largo del arroyo de Ligny un reconocimiento, en el cual estuvo á pique de caer en poder del enemigo, comprendió que delante de la caballería prusiana y del cuerpo de Thielmann, acumulados en el Point-du-Jour, necesitaba tomar serias precauciones para guardar sus espaldas y su flanco derecho. Con efecto, podía suceder que mientras se dirigiese hacia Ligny por un movimiento de conversión, le cogiese de flanco la infantería de Thielmann bajando del Point-du-Jour, y que la caballería prusiana, atravesando el arroyo de Ligny por todos sus puntos, corriese á su encuentro por la espalda. En presencia de este doble peligro formó en batalla desde Tongrinelle á Balatre la división de Bourmont, mandada entonces por el general Hulot, y le ordenó defender á toda costa las orillas del arroyo de Ligny. Esta división, situada como decimos á su derecha, apoyada también por la caballería del 4.º cuerpo á las órdenes del general Maurín, y por los numerosos escuadrones de Pajol y de Exelmans, debía defenderle de un ataque de flanco ó de retaguardia. Tomadas estas precauciones, el general Gerard avanzó hacia la aldea de Ligny con las divisiones Vichery y Pecheux, describiendo, como hemos indicado, un ángulo casi recto con la línea de batalla del general Vandamme.

Dividió sus tropas en tres columnas á fin de abordar sucesivamente la aldea de Ligny, que se extendía sobre las dos orillas del arroyo. Para llegar necesitaba atravesar una pequeña explanada, y después apoderarse de algunas huertas y destruir las tapias anteriores á la aldea. Al acercarse, las tres columnas de Gerard fueron recibidas por un fuego tan nutrido y terrible, que á pesar de su energía se vieron obligadas á retrogradar. El general Gerard mandó entonces avanzar á la artillería, bastante numerosa, y acribilló de tal modo la aldea de